

UN
DESTINO
DE IRA

Y
FUEGO

K.A. TUCKER

SAGA DESTINO Y FUEGO. LIBRO 1

Traducción de Ana H. Deza

Primera edición: mayo de 2023

Dirección editorial: Berta Márquez
Coordinación editorial: Alejandra González
Dirección de arte: Lara Peces

Título original: *A Fate of Wrath and Flame*
Traducción del inglés: Ana Hernández de Deza
Diseño de cubierta: Hang Le

© del texto: K.A. Tucker
© de la traducción: Ana H. Deza
© Ediciones SM, 2023
Impresores, 2
Parque Empresarial Prado del Espino
28660 Boadilla del Monte (Madrid)

ISBN: 978-84-1962-108-5
Depósito legal: M-5362-2023
Impreso en la UE / *Printed in EU*

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

*A Paul, por encargarse
del «qué hay de cena» todas las noches
durante los últimos tres meses.*

Nota de la autora

Publiqué mi primer libro hace diez años, en mayo de 2011. Era una novela de fantasía para jóvenes adultos llamada *Anathema*, el primer volumen de una serie. Unos años después, pasé a escribir romance contemporáneo y suspense (dos géneros que me encantan), pero, en el fondo, siempre supe que regresaría a un mundo fantástico.

En 2015 comencé a abocetar una nueva historia de fantasía. Todos los años abría el archivo, añadía cosas y me preguntaba si la escribiría pronto. Pero nunca parecía ser el momento adecuado.

Entonces vino el año 2020 y, después, el 2021, y este libro pasó a ser mi válvula de escape cuando no teníamos permitido salir a ninguna parte. Los lectores de *Anathema* se percatarán de que he sacado algunas cosas de esa historia: gran parte de la magia, el diseño del mundo, los Destinos, los no humanos, incluso algunos nombres. La primera escena tiene algunos párrafos directamente copiados y pegados. Quería usar las ideas que me gustaban de ese mundo y ver hasta dónde podía llegar con ellas. Pero ahí terminan las similitudes.

Esta historia sigue un camino totalmente distinto. Para los que no hayan leído *Anathema*: he retirado esa serie del mercado. Mi escritura ha mejorado muchísimo desde entonces.

No se me ocurre una forma mejor de celebrar una década publicando libros que con el lanzamiento de *Un destino de ira y fuego*. Es un proyecto apasionante para adultos (no es juvenil, aunque creo que no contiene nada demasiado escandaloso) y ha sido una escapatoria salvaje para mí. Espero que disfrutéis leyéndolo tanto como yo disfruté escribiéndolo.



SKATRANA

SHADOWHELM

Westport

Costa de la Sirena

Montañas de Terren

GRAN GRIETA

Valle de los Huesos

Montañas de Venhorn

Lyndel

Bellcross

Bosque de Eldred

CIRILEA

ISLOR

Bythesea

Salt Bay

PORTSEND

CANAL DE LA FORTUNA

SEACADORE



Bentsend

N



Bosque Muerto

GOLFO DE NYOS

YBARIS

MORDAIN

NYOS

A
ESPADOR Y UDREL

ARGON

FOSA ABISMAL

Monte
L'Or

MAR
INTERMINABLE

Llanuras
de
Aminadav

Hawkrest

Fernhoth

KIER

Kettling

GOLFO DE OSTROS

OSTROS

RATHEUS

Prólogo

Año 1739

—Ha llegado mi hora de morir —las delicadas manos de Sofie se deslizaron por el pecho de Elijah hasta rodearle la nuca.

—Y si te equivocas... —su voz languideció, incapaz de terminar la frase.

—¡No me equivoco! —rugió ella. Era una fiera de melena cobriza y fuerte temperamento.

Elijah se apartó, quedándose de pie frente a una ventana cercana para contemplar el bullicio de la vida nocturna más allá de los muros del castillo. Observó los coches de caballos que recorrían las calles empedradas. Recogían a personas que salían de fiestas regadas de alcohol para llevarlas a sus casas, donde disfrutarían con abandono imprudente junto a sus parejas. Rara vez envidiaba a los plebeyos, pero esa noche apretó la mandíbula, resentido. ¿Por qué no podía tener él problemas tan triviales como esos?

La mirada de Elijah se centró brevemente en la plaza, donde todavía ardían las piras bajo los restos carbonizados de

tres mujeres. Había sido la mayor matanza de la región hasta el momento. El obispo había avivado las llamas en su ferviente intento de salvar a la humanidad de la brujería. Esta vez, la iglesia había sacado a colación la plaga de topillos que destruyó las cosechas como prueba de la culpabilidad de las mujeres. La próxima, encontrarían la maligna huella de Satán en una enfermedad que asolara a los niños o en la inundación que anegara los campos de cultivo.

Aquello escondía más verdad de lo que creía el rollizo obispo, pero Elijah sabía que la motivación de la iglesia no era erradicar el mal, sino mantenerse en el poder en una época en que estaba surgiendo un nuevo culto.

Y esa locura se extendía.

Como conde de Montegarde, Elijah tenía una influencia discreta sobre la iglesia. Aun así, podría haber evitado aquella matanza. Podría haberse deslizado entre las sombras de la residencia del obispo y haberle partido el cuello al presumido santurrón que llevaba la batuta. Pero su muerte prematura solo serviría para provocar una investigación y envalentonar a las masas. Rápidamente ascendería otro que tomara su lugar, morirían más mujeres en un lecho de llamas y muy pronto la atención se dirigiría a esos muros de piedra y a esa nobleza peculiar que había tomado posesión de la noche a la mañana, reclamando sus derechos.

Después, los rumores de herejía y maldad crecerían, se multiplicarían y les saldrían dientes afilados. Sería cuestión de tiempo que se congregara una turba furiosa frente a las puertas blandiendo horcas y espadas, por lo que Elijah y Sofie se verían obligados a huir como ratas y empezar de nuevo en otro lugar lejano.

Conocía muy bien ese ciclo. Lo había vivido de una forma u otra muchas veces.

Así que Elijah se quedó sentado tranquilamente en su cómodo castillo y oyó los chillidos de las mujeres mientras ardían.

Sofie se deslizó a su lado y le apartó un mechón de cabello de la frente con un dedo.

—No puedo seguir viviendo así, escondida entre las sombras, aguardando una condena segura.

—No te preocupes por esos fanáticos, amor mío.

—Adele no se preocupó por ellos y mira lo que le pasó —rememoró sombríamente.

Su querida amiga se había mudado a Londres y Sofie lloró su cadáver calcinado la primavera pasada. Elijah no necesitaba que le recordara aquello. Esa noche, ardiendo de pura cólera, Sofie había arrasado la abadía responsable de la muerte de Adele con todos sus ocupantes sin emplear más que un giro de muñeca. En todo el tiempo que llevaba vivo en la tierra, él jamás había visto un poder como ese. Era sobrecogedor y terrorífico a la vez.

Elijah había cargado con su cuerpo exhausto y se la había llevado de allí antes de que aparecieran demasiados testigos que pudieran situarla en aquella masacre. No obstante, los últimos mensajes que le habían llegado eran preocupantes. El Gremio de los Invocadores sabía que Sofie estaba detrás de la matanza y pedía un severo castigo por su insurrección. Entretanto, los humanos buscaban a una bruja con el cabello del color de las llamas del infierno. Ya habían aparecido cuatro víctimas que coincidían con su descripción.

No podía culparla por haber vengado la muerte de Adele. Durante su infancia, entre clase y clase, habían correteado

juntas por los estrechos pasadizos de París y, más tarde, habían compartido noches de juventud y bailes por las calles, encantando a los pretendientes tanto con su belleza seductora como con su descaró. El corazón de Sofie era ardiente y su lealtad eterna. Desgraciadamente, cuando se sentía herida, sus emociones devoraban el instinto de supervivencia.

Elijah suspiró.

—Adele fue imprudente. Además, yo jamás permitiré que sufras ningún daño.

—¿Y qué pasa con el tiempo? ¿También lo detendrás?

—Sofie sabía perfectamente dónde apuntar para infligir el mayor daño posible con sus palabras—. La locura me llama incluso ahora, en este mismo instante. No sé cuánto tiempo podré negarme a responder.

Él se estremeció y centró la mirada en el majestuoso roble del jardín, cuyas otoñales hojas doradas eran agitadas por una leve brisa. El mordisco del invierno empezaba a insinuarse en el aire. Llegaría dentro de quince días y despojaría al árbol de su belleza, imponiendo el descanso en la tierra. Sofie detestaba esa estación larga y lúgubre, pero Elijah encontraba consuelo en la visión del paso del tiempo.

Bajo esa copa frondosa se situaría el sepulcro de Sofie, si no cambiaba su suerte, aunque él prefiriera la cripta bajo la capilla, donde podría custodiar mejor sus restos.

¿Sobreviviría lo bastante como para ver la primera nevada?

Le resultaba incomprensible que aquella mujer, que no había cumplido ni tres décadas, con la tez luminosa de la juventud y un desenfreno infantil corriendo por sus venas, pudiera escapársele de las manos. Pero sabía que la locura de la que hablaba era real. Ya la había visto apoderarse de otra como

ella, hacía muchos años. No quedó más que el cascarón de la impresionante elemental que había sido: el cabello, escaso, del color de la tiza, los ojos vacíos, sus poderes inútiles. Pasó el resto de sus días prisionera del gremio, recitando desvaríos sin sentido que los escribas registraban como si fueran una profecía.

Aunque no quisiera admitirlo, Elijah había empezado a notar señales preocupantes en Sofie: miradas apáticas, volátiles cambios de humor, conjuros involuntarios que se le escapaban de los labios. No soportaba la idea de ver a Sofie convertida en el cascarón vacío de la vibrante mujer que adoraba.

Por supuesto, ella no tenía intención alguna de permitir que le sucediera eso.

Un hombre salió a trompicones de una taberna y se derrumbó, borracho, justo delante de dos caballos de tiro. Elijah abrió los ojos de par en par; le levantó el ánimo la posibilidad de presenciar la muerte de un hombre pisoteado. Al menos ese problema podría rivalizar con el suyo esa noche. Se aferró a la cornisa de piedra, anticipando el momento en que los cascos de los animales se acercarían al cuerpo inerte del hombre. Faltaban segundos para que le aplastaran la cabeza como si fuera un melón maduro. Pero, en el último instante, dos hombres lo agarraron de los talones y lo arrastraron hasta un lugar seguro. Los caballos se perdieron en la noche. *Malditos buenos samaritanos.*

Elijah escudriñó las calles en busca de algún individuo que se encontrara en peor situación que él, sabiendo que las posibilidades eran escasas. Acabó fijándose en una joven pareja que discutía; rápidamente pasaron de los gritos y aspavientos a un rápido rodillazo en la entrepierna del hombre. La multi-

tud creciente de espectadores estalló en carcajadas mientras él se desplomaba, retorciéndose de dolor. A pesar de su amargura, Elijah se rio.

Pero no había forma de distraer a Sofie.

—Malachi me ha respondido y tenemos que actuar rápido. Ya lo has retrasado demasiado.

—Cuando el gremio se entere, nos matarán sin pensárselo dos veces —le advirtió, como ya había hecho antes muchas veces. Esas peligrosas invocaciones estaban prohibidas por una buena razón: el acuerdo había traído la paz después de siglos de guerra entre los invocadores y los inmortales.

—Lo hecho, hecho está —el rostro de Sofie era una máscara de sombría certidumbre—. Si se enteran, podrían castigarme. Pero si no lo hacemos estará muerta, en cualquier caso.

—Y yo también, poco después —sus ojos se volvieron hacia la tierra al pie del roble. Si Sofie se equivocaba, el sepulturero cavaría dos nichos allí por la mañana, porque sin ella no tenía sentido que él continuara viviendo.

Pero aún no estaba preparado para decirle adiós.

—Un atardecer más.

Seguro que la locura que latía bajo esos ojos esmeralda le concedería eso, ¿no?

Sofie no contestó de inmediato. Cuando lo hizo, su voz sonó tan cortante como una espada afilada.

—Muy bien.

Las capas de seda de su vestido de noche crujieron ruidosamente mientras se dirigía a la puerta.

Pero antes de que la alcanzara, Elijah estaba al otro extremo de la habitación y tapaba la salida con la mano.

—No puedes pedirselo a ningún otro.

Ella lo sabía y, aun así, la forma en que le devolvió la mirada, con los ojos ardientes de desafío, le hizo temer que cometiera una estupidez.

Sofie alzó la barbilla con determinación.

—Entonces, debes confiar en mí.

—No es en ti en quien no confío. —Era incapaz de librarse de ese presentimiento terrible—. ¿Acaso Malachi ha concedido a alguien alguna vez lo que quería sin exigirle todo a cambio?

De entre todos los destinos, el Destino del Fuego no era precisamente conocido por su compasión, sino por su crueldad y su orgullo. Siempre había sido así.

Pero Sofie había decidido que había que suplicarle precisamente a él.

Elijah entró en cólera cuando ella le reveló que se había atado a Malachi en servidumbre. Esos lazos jamás se podrían deshacer.

—Pero soy una elegida. La llama de Malachi corre por mis venas.

Él suspiró, armándose de paciencia. Sofie era joven, arrogante y tenía una fe inquebrantable en aquellos a los que debía su inmenso poder. Aún no había conocido su cólera.

Las yemas de los dedos de Sofie recorrieron la línea de su mandíbula y le invitaron a mirarla a los ojos.

—Si no hacemos nada, pronto desapareceré. Y prefiero morir esta misma noche a perder el control mañana. Pero no voy a morir. Tú no morirás. Malachi me lo ha garantizado —insistió, sonriéndole—. Y superaremos todas las dificultades que se nos presenten. Juntos.

Exudaba tanta confianza que Elijah ansiaba desesperadamente poder creerla. Había una razón por la que la veneraban tanto como la odiaban en el gremio. Sus poderes no tenían parangón en este mundo.

Y aunque esos poderes finalmente se escurrirían entre sus dedos con el paso del tiempo, estaba dispuesta a sacrificarlos todos esa misma noche a cambio de una eternidad con él. Esa era la verdad, y Elijah era consciente de ello.

—Eres insufrible, mujer —le dijo, sin el menor asomo de ira en la voz.

—Sí, pero seré tu insufrible mujer, para siempre.

Elijah tomó una mano entre las suyas y se la llevó a los labios. Los presionó suavemente contra la piedra blanca de su anillo y culminó el gesto con otro suspiro que ambos reconocieron como lo que era: rendición. No lo iba a retrasar más.

Sofie se separó de él y se acercó a la amplia cama donde habían pasado tantas noches enredando sus cuerpos. Una sola vela ardía en una mesa cercana, proporcionando la única luz de la habitación, pero brillaba con fuerza e impregnaba el aire con un aroma dulce de miel.

Observó con excitación cómo ella se despojaba de la bata y la ropa interior hasta que su piel fue un lienzo desnudo. Con una sonrisa traviesa, Sofie se subió a la cama y se arrodilló provocativamente mientras sus senos se agitaban con la respiración. Elijah era capaz de sentir su corazón palpitante y la euforia de su paroxismo. Había suplicado al Destino —expresando sus poderes hasta agotarlos— y este había atendido a su llamada en el momento fatídico.

—Quizás las creencias cristianas de estos humanos no anden desencaminadas y tú seas su demonio, traído hasta aquí

para tentarlos —bromeó él, acercándose. Una Sofie desnuda y deseosa era imposible de resistir, sin importar lo sombrías que fueran las circunstancias. Ella lo sabía muy bien.

—Entonces, más vale que nunca se crucen conmigo —sus manos se dirigieron a sus calzas—. ¿Y esto? ¿Es un requisito para la invocación?

—Esto es mi requisito. El peaje, si quieres llamarlo así.

Los dedos de Sofie se deslizaron hábilmente entre la presi-lla y el ojal y le desnudó con rapidez. Muy pronto su ropa es-taba amontonada junto a la bata de seda.

Hicieron el amor con su fervor habitual, hasta que las pieles brillaron y sus jadeos pesados se fundieron en uno solo, y sus gritos seguramente atravesaron los muros del castillo, lo que provocaría las risillas del servicio a la mañana siguiente.

Cuando ambos quedaron saciados, Sofie se apartó el cabel-lo húmedo del cuello y le hizo un gesto para que se acercara.

—Que los Destinos sean misericordiosos —susurró, mirán-dole con un brillo irreflexivo en los ojos. Percibió en ellos la misma inquietud que le consumía a él.

Se inclinó sobre ella y aspiró su embriagador perfume de agua de rosas, más potente después del esfuerzo.

—Si no aquí, entonces en Za'hala.

Aquel era un sueño estúpido, ya que era dudoso que su es-pecie llegara a ese más allá, pero era algo por lo que merecía la pena soñar. Le arañó la piel delicada con los dientes, un mero gesto inofensivo de seducción en el pasado, pero ahora ella arqueó la espalda y lo atrajo hacia sí, tentándolo con el torrente de sangre que corría por sus venas.

Sofie parpadeó, alejando la neblina de la inconsciencia, y contempló el dosel de terciopelo denso que la cubría. La luz del día se vislumbraba a través de la ventana y proyectaba sombras en la habitación. Las campanas de la iglesia repicaban, anunciando la misa temprana. El aroma tenue y dulce de humo y miel permanecía en el aire.

Sonrió, y el miedo al fracaso se desvaneció de su pecho. Lo había conseguido.

Notaba debilidad y pesadez en los miembros. Elijah ya se lo había advertido. Pero sentía que había cambiado ya. En su cuerpo había un nuevo latido, lento y constante. Era un nuevo amanecer para ella. Si los Destinos lo permitían, vería muchos más, acompañada del amor y la amistad, siempre a su lado.

—¿Elijah? —graznó, con la garganta sedienta y en carne viva. Palpó el colchón en busca de su formidable figura—. Ha funcionado. Lo hemos conseguido.

Respondió el silencio.

Se giró a un lado y descubrió que la cama estaba vacía. Era extraño que la abandonara esa mañana precisamente, pero era posible que hubiera ido a buscar el desayuno entre el personal del castillo. Sabía lo mucho que le gustaba disfrutar de la primera comida del día en la cama, y él siempre estaba ansioso por complacerla. Aunque suponía que ahora su desayuno sería diferente, especialmente los primeros días.

Aún sentía la chispa innata de su poder en lo más profundo de su ser, titilando y a la espera. Extraño, ya que era lo que le había ofrecido a Malachi a cambio de esa nueva forma inmortal. Intentó invocarla, pero estaba demasiado débil y la magia se mantuvo en su sitio, fuera de su alcance. Tal vez fuera un

fantasma de su vida anterior, un miembro perdido que engañaba a su amo al hacerle sentir que estaba entero.

El ardor de su garganta era insoportable. Elijah le había dicho que tendría que alimentarse rápidamente para calmar el malestar y recuperar fuerzas, y que él se mantendría a su lado para guiarla. Entonces, ¿dónde estaba?

Se levantó de la cama.

La visión del cuerpo desnudo de Elijah tirado en la alfombra le cortó el aliento.

Se lanzó sobre él y le agarró de los hombros para sacudirlo.

—¡Elijah! —gritó en vano, cada vez más aterrorizada. Notaba su piel helada contra los dedos. Algo no iba bien. Los de su especie no colapsaban así.

Haciendo acopio de todas las fuerzas que le quedaban, lo giró.

Jadeó al ver lo que le devolvía la mirada.

—No, no, no... —Le acarició las mejillas con las manos temblorosas. Los ojos castaños llenos de vida que le recordaban a la tierra húmeda habían desaparecido. En su lugar solo quedaba una bruma gris, vacía—. ¡Elijah! —Sacudió el cuerpo inerte con violencia, aunque sospechara que sería inútil.

Por instinto, cerró los ojos y volvió a intentar invocar sus poderes. En esta ocasión salieron a la superficie sin ataduras. Malachi no se los había llevado, pero no podía preocuparse por eso en ese instante. Envío unos zarcillos tentativos en dirección al cuerpo inmóvil de Elijah, buscando respuestas.

Le dio un vuelco el corazón, lleno de esperanza, ante la imagen que se materializó. Estaba vivo, vagando por una niebla espesa interminable.

—¡Elijah!

—¿Sofie?

Su voz resonó en el vacío, su nombre estaba teñido de miedo.

—¡Te veo! —gritó, deseando que la oyera.

Con un grito desgarrador de dolor, Elijah se derrumbó en el suelo brumoso. La imagen desapareció de su mente y se cortó la conexión.

—¡No! —bramó ella, haciendo que sus poderes fluyeran de nuevo, pero ahora la magia retrocedió en el instante en que lo tocó y se convirtió en cenizas. Una y otra vez, intentó alcanzarlo, hasta que ya no hubo nada que acudiera a su llamada: sus poderes estaban exhaustos.

Apoyó la frente en el pecho de Elijah, gimiendo desesperada. En la época en que estuvo en el gremio había conocido lo que era ese horror. Los textos más antiguos hablaban de un lugar entre los pliegues del tiempo y las dimensiones, donde los Destinos desterraban a las almas y las condenaban a pasar la eternidad a solas en una nada que no era Za'hala ni Azo'dem, sino algo peor. Muchos descartaban su existencia, lo consideraban divagaciones de los videntes. Pero ahora Sofie sabía que la Nulidad era real y que Elijah estaba atrapado allí, fuera de su alcance.

Esto no debía haber pasado. ¡No era lo que le había prometido Malachi! ¿Estaba observándola? ¿Disfrutaría de su dolor?

—¡No lo entiendo! ¡Soy una elegida! —chilló, esperando que le escuchara. ¿Acaso no merecía la felicidad? Había sido más que devota. ¿No le había adorado lo suficiente? ¿Había herido de alguna forma su frágil ego?

Puede que aquello fuera simplemente una lección. A lo mejor Malachi liberaría a Elijah de esta maldición. Se aferró

a esa brizna diminuta de esperanza mientras lloraba, ignorando el hambre que sufría mientras la abrumaba el dolor y anhelaba que regresara el ayer.

Al anochecer, temblaba de debilidad y le devoraba el dolor de la pérdida, pero, más que nada, ardía de arrepentimiento. Había sido un error confiar en Malachi. Ahora lo entendía. Y, sin embargo, no le había arrebatado el inmenso poder que ella le ofreció. Eso solo podía significar una cosa: Malachi aún no había terminado con ella.

—Lo solucionaré —le prometió al cuerpo inmóvil de su amado en un susurro, confiando en que sus palabras llegaran al lugar donde la magia no alcanzaba—. Jamás me rendiré.

Volvería a sentir el calor de su tacto y la ternura de sus besos.

O moriría en el intento.

Año 2020

La esbelta figura de Sofie, que concentraba sus poderes en la oración bajo el tenue resplandor de las antorchas, permanecía tan quieta como el cuerpo que reposaba en el ataúd de piedra. A diario pasaba muchas horas ahí, de rodillas, en la bóveda ruिनosa bajo la capilla, hasta que las piedras le cortaban la carne y su sangre se filtraba en el suelo.

Casi tres siglos de súplicas.

Casi tres siglos de promesas vacías.

Habían sido largos años, plagados de guerras, hambrunas y soledad, aprendiendo a sobrevivir; años de ocultarse entre

las sombras mientras abrazaba su nueva naturaleza inmortal. Había tenido que reinventarse a sí misma en incontables ocasiones para evitar llamar la atención: cambiar de identidad, huir de su hogar durante la noche, borrar cualquier rastro que pudiera dar pistas al gremio y al resto de sus enemigos de que Sofie Girard aún vivía.

Durante todo ese tiempo, había continuado pidiendo clemencia a Malachi. Los otros jamás la reconocerían, aunque había intentado llegar hasta ellos. Pero estaba ligada para siempre al Destino del Fuego.

Aunque Sofie había llegado al límite.

Se puso de pie, sin prestar atención a los hilos de sangre que corrían por sus espinillas. Las heridas se curarían en cuestión de horas sin dejar huella, como si jamás hubieran existido. Con lentitud subió al espacioso sarcófago y se tumbó junto a su amado.

Al principio había mantenido a Elijah a su lado, en la alcoba de las diferentes casas por las que iba pasando. No fue fácil, especialmente cuando los criados desobedientes se encontraban con lo que parecía un cadáver fresco en su cama. Los rumores de brujería la seguían allá adonde fuera y empezó a preocuparle no poder protegerlo.

Finalmente, recuperó su primer hogar, donde residieron juntos —el castillo en lo alto de la colina— y ahuyentó a los humanos. La cripta decadente donde nadie se atrevía a aventurarse se convirtió en su refugio.

Allí levantó un nuevo santuario donde invocar a Malachi sin temor a que la descubrieran. A veces, como ese día, sus oraciones solo obtenían el silencio por respuesta. Pero otras era recibida en audiencia. Malachi aparecía en su forma cor-

pórea y le ordenaba que tuviera paciencia, que llegaría el día en que se reuniría con Elijah. Le había encomendado misiones extrañas a las que no encontraba ningún sentido y le había ordenado que no las cuestionara. Probablemente fueran partes de un plan mayor. De vez en cuando le exigía que se desnudara en el altar, para usarla de formas que hacían que le doliera el cuerpo y el alma. Esas visitas se hacían cada vez más frecuentes y sus exigencias más insolentes.

Después de tres siglos, Sofie ya no creía que Malachi tuviera ninguna intención de concederle la libertad a su marido.

Sonrió tristemente mientras le acariciaba la mejilla a Elijah. Estaba tan atractivo como el día en que se lo arrebataron. Era cruel que se conservara tan impecable; habría sido mucho más sencillo para ella si no hubiera quedado nada más que polvo y huesos. Pero así eran los Destinos: usando sus sucios trucos incluso con sus más leales vasallos.

—Perdóname, amor mío. —Agarró el mango suave de obsidiana de la daga y observó los reflejos de las antorchas contra la hoja sagrada de metal. No estaba muy segura de si la herida que estaba a punto de infligir a Elijah lo liberaría de su maldición, pero sabía que ella sí escaparía de la suya: la maldición de la angustia eterna—. Que los Destinos sean misericordiosos —susurró, sabiendo que no lo serían. Acercó la punta al pecho de Elijah y se armó de valor para clavarla en su carne.

Un destello en la hoja metálica detuvo su mano. Volvió a ver el brillo, que insinuaba movimiento, y oyó un sonido, como si estuvieran rascando la piedra. Había roedores en aquellos muros y gatos que los cazaban, pero no percibía latido alguno a su alrededor. Además, ninguno haría tanto ruido.

Se le aceleró el pulso cuando el resplandor se abrió como una flor en la bóveda, iluminando las grietas del techo y los muros de piedra con una luz cálida que parpadeaba. Soltó la daga y cayó de rodillas.

Abrió la boca de asombro ante la silueta con majestuosos cuernos incandescentes que se alzaba en el centro de la bóveda. Lo había visto en innumerables ocasiones, pero jamás así.

—Ha llegado la hora —retumbó la profunda voz de Malachi—. ¿Eres mi leal servidora?

Salió del ataúd y se arrodilló hasta apoyar la frente contra el suelo para rendir pleitesía al Destino del Fuego.

—Eternamente.

Para traer a Elijah de regreso, haría todo lo que le pidiera.